

Las deseconomías de la sociedad de consumo

El costo de la descontaminación en los países más industrializados podría llegar a más del 1% del producto interno bruto (PIB). Los desechos de todo tipo de una ciudad de 1.000.000 de habitantes crean deseconomías, que pudieran ser prohibitivas, en megalópolis como México-city, que tendría unos 30 millones de producción que produce mucha entropía y mal uso de los recursos naturales y humanos, endosando así sus deseconomías críticas a las generaciones humanas de un futuro incierto en que vivirían peor y no mejor.

Por Abraham Guillén
(Economista internacional)



En el Occidente, rico e industrializado, paradójicamente, el modelo de desarrollo económico y tecnológico produce mucha entropía. Así, por ejemplo, el mundo industrializado consumió en 1986 un total de 6.770 millones de toneladas de petróleo equivalente, pero esa energía transformada en calor, una vez liberada hacia la atmósfera, ya no es recuperable, produciendo, además, buena parte de su contaminación.

En este orden de ideas, en cuanto a las deseconomías de la «sociedad de consumo», es oportuno subrayar que en los países de la OCDE, en 1985, se produjeron desechos o desperdicios por valor de 350 millones de toneladas en sus ciudades (o 450 kilogramos por habitante y año) y unos 1.000 millones de toneladas de detritus industriales, todo lo cual contamina el aire, la tierra, las aguas continentales y marítimas.

El derroche de recursos no renovables, en un futuro no muy lejano, si no son reciclados buena parte de ellos, compromete los niveles de vida y de bienestar de las generaciones futuras, que en vez de vivir mejor, según la creencia de la ley del progreso, estarían peor que nosotros por haberles endosado, irresponsablemente, una economía de desperdicio, una crisis económica, ecológica y de agotamiento de riquezas no renovables.

Hay, pues, que plantearse seriamente un consumo suficiente, pero sin derroche, que no deje cientos de millones de toneladas (no depuradas o recicladas) de basuras domésticas, residuos industriales, papeles y

cartones, envases desechos, aguas residuales contaminadas químicamente por restos de pesticidas y de abonos sintéticos, caucho, chatarra, vidrio, tejidos, aceites, barros, aparatos del hogar y otros productos que forman montañas de basura sobre la tierra, que contaminan los ríos, lagos, mares, y, en general, la biosfera, lugar maravilloso donde se produjo la vida terrestre hace unos 4.000 millones de años.

El excesivo consumo de papel (además de usar como materia prima grandes superficies de bosques boreales y tropicales, que producen erosión de sus tierras y falta de producción de oxígeno para nuestro planeta), exige para su fabricación contaminante en grado sumo, la utilización de muchos millones de metros cúbicos de agua limpia transformada luego en líquido sucio antibiológico. En este sentido, a título de ejemplo, la fabricación de 500 toneladas de pasta de papel por día utiliza, aproximadamente, 100.000 metros cúbicos de agua limpia, luego es devuelta a los ríos y lagos con alto nivel índice de contaminación. Según estadísticas correspondientes a 1970, los países de la OCDE, en la producción de pasta de papel, empleaban 22.000 millones de metros cúbicos de agua, más o menos, el consumo de ésta para 100 ciudades de un millón de habitantes cada una. Y es que la publicidad de la mercancía, en todo y por todo, consume muchos millones de toneladas de papel, es decir, millones de hectáreas de bosques.

Las deseconomías de la sociedad de consumo, en

cuanto a disminuir la contaminación hasta un 20% de la misma, en algunos países industrializados alcanzaría, si se hiciese ya, un costo entre el 1 y más del 2% de su producto interno bruto (PIB). Y como, en alguno de ellos, el crecimiento económico anual es del 2%, más o menos, la deseconomía contaminante, si no se la suprime y se la deja ir acumulando, conduciría a un crecimiento económico exiguo. Teniendo en cuenta el aumento anual de la población, por escaso que sea en los países industrializados, habría una perspectiva económica de crecimiento poco más que cero. Pero si se descontaminara ya, no dejando que se acumulen deseconomías del desperdicio, el costo anual de la contaminación estaría muy por debajo del 1% del PIB, lo cual no es un alto precio para mejorar la calidad de vida del hombre.

La civilización urbana, que ha concentrado las industrias y las poblaciones en reducidos espacios, es muy contaminante con sus calefacciones, sus desechos municipales e industrias y sus millones de automóviles que, cada uno de ellos, consume varias veces más oxígeno que una persona. Así las cosas, una ciudad de un millón de habitantes, en general, produce por año 492.100.000 de toneladas de aguas residuales, sin contar sus montañas de basuras, carbono, azufre, partículas y otros sobrantes de sus deseconomías. Si hubiera mayor desconcentración industrial y de la población, sería posible el progreso y el bienestar por todas partes, sin desarrollo desigual económico, cultural y tecnológico entre la ciudad y el campo, mejorando así la calidad de vida.

Y en cuanto a lograrlo, ello sería muy difícil en ciudades como México-city, que tendrá en el año 2.000 cerca de 30 millones de habitantes, cosa que sucedería, igualmente aunque en menor grado, en Calcuta, Sao Paulo, Rio de Janeiro, Tokio, Nueva York y otras ciudades colosales o complejos industriales y poblaciones como San Francisco, Los Angeles o el oeste de la República Federal de Alemania, prácticamente todo él una gran fábrica.

El modelo de desarrollo capitalista, produciendo desarrollo desigual entre la ciudad y el campo, crea grandes mercados en las ciudades en torno de las cuales se concentran las industrias y las masas de población. En consecuencia, la ley general de la concentración de los capitales, determina a su vez la de la concentración de la población y, por tanto, el éxodo del campo a las ciudades. Y así se produce un fenómeno de alienación económica, ya que las inversiones de capital son más rentables, cerca de los grandes mercados y de una infraestructura urbana, que en regiones despobladas y faltas de líneas de comunicación, electrificación y urbanización. Así, por consiguiente, las fuerzas económicas, que son fuerzas históricas con otro nombre, se buscan sus propias determinaciones independientemente de la voluntad de los empresarios y de los políticos. Llega, pues, el tiempo en que habría que revisar los modelos económicos, tecnológicos, sociales y políticos, a fin de que las leyes económicas obedezcan a la voluntad del hombre y en beneficio de todos los hombres, sin grandes deseconomías, paros, crisis económicas y sociales, corrigiendo ya el desajuste entre tecnologías avanzadas y modelos socio-económicos atrasados, propios del siglo pasado y no de finales del siglo XX.

En este orden de ideas, nos parece oportuno subrayar, al respecto, lo que dice Edgar Morin: cuando la ciencia y la técnica transgreden los principios de su propia ética, entonces «el conocimiento aporta una muerte generalizada y así el árbol del conocimiento científico arriesga hundirse bajo el peso de sus frutos, aplastando a Adán y Eva y la inductora serpiente». En suma, hay que superar las deseconomías de la sociedad de consumo, evitando un desorden mundial inextricable (entropía), que puede ser superado, en todo o en parte cambiando un modelo socioeconómico donde aumenta más el desorden (entropía) que el orden racional, armonizando ya el buen uso de las cosas, de los recursos humanos y naturales, en una economía sin crisis.